

VI Sección Reseñas bibliográficas

Ménjívar, Mauricio. *Para escribir la historia. Una invitación*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2015, 45 pp.

Las invitaciones para escribir y comprender la historia, A propósito de un fascículo de Mauricio Menjívar

La aparición de *Para escribir la historia. Una invitación* de Mauricio Menjívar, profesor de las escuelas de Estudios Generales y de Sociología, constituye, sin ninguna duda, un valioso aporte al estudio y al abordaje de la disciplina fundada por Herodoto preocupada por el análisis del pasado y de la evolución de la humanidad. Los comentarios siguientes surgen a partir de las anotaciones realizadas por alguien que, a partir de la lectura de Menjívar, trata de evocar sus conocimientos sobre todo de la época de estudiante y luego, en un segundo momento, como docente. De manera muy puntual, sin realizar referencias textuales directas al documento de Menjívar –que ya de por sí tiene suficientes méritos– se procede a comentar las invitaciones que emergen a partir de la lectura del fascículo.

Primera invitación: La necesidad de volver a leer a los historiadores es esencial en el quehacer académico de quienes se interesan por estudiar el saber de Clío. En este sentido, las aportaciones de la historiografía del siglo XX resultan de consulta obligatoria, principalmente aquellas obras producidas en el marco de la escuela francesa y del marxismo británico. En el primer caso, se destaca la fundación de la Revista *Annales d'histoire économique et sociale* en 1929 en la que se planteaba una agenda de la Nueva Historia, algo que poco a poco, en el decir de Peter Burke (1993), se convirtió en una revolución historiográfica cuyo resultado más importante fue la amplitud del objeto de estudio con todas las implicaciones que esto sobrellevó. Sobre todo se superó aquella historia tradicional de menudencias esmerada en la crónica de los hechos militares y políticos; se dio paso a un saber interesado en el análisis de



la economía, la sociedad y de las mentalidades. Esto además de los estudios con temas variados como los relativos a las civilizaciones y a la cultura de la muerte (Burguière, 2009). La transformación iniciada por los Annales se puede visualizar fundamentalmente en dos sentidos: a) la amplitud del espectro de las fuentes; al ir más allá de los manuscritos custodiados por los archivos; y b) la apertura a los métodos de las ciencias sociales. En este último aspecto sobresale la sistematización realizada por Fernand Braudel acerca del tiempo en tres tipos: el acontecimiento, la coyuntura y la estructura. Las dos últimas eran algo así como préstamos de la economía. El tiempo mediano es el coyuntural y para Braudel el tiempo de la larga duración, el de la estructura, era el más importante para el estudio del historiador. En tanto que el tiempo del acontecimiento, es el del hecho semejante al del brillo de las estrellas fugaces en el firmamento, así lo observa Braudel en su artículo titulado *La larga duración*. Este período, que cambia para no cambiar, fue al que este autor francés dedicó su primer volumen de su obra de graduación *El Mediterráneo y el mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*, publicada en 1949.

El segundo aporte de la producción historiográfica de Occidente del siglo XX, lo constituye el marxismo británico; basados en Harvey Kaye (1984), sus derroteros fundamentales fueron los siguientes:

- a. Un creativo uso de los modelos teóricos a la hora de interpretar los datos, tal y como lo hace Edward Palmer Thompson en 1963 con la publicación de su obra fundamental, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, en que propone la formación de la identidad de clase como producto de la experiencia.
- b. La producción de un importante grupo de obras de historia social y de los movimientos sociales, entre ellos se destaca el aporte de George Rudé en su texto aparecido en 1964, *La multitud en la historia*, que confiere gran importancia a una historia cuyos cambios provienen de abajo, es decir, de los sectores subalternos.



- c. El acercamiento a los estudios de historia contemporánea; sobre todo los textos de Eric Hobsbawm, quien en su prolífera producción, legó al conocimiento social la trilogía del siglo XIX constituida por *La era de la Revolución*, *La era del capital* y *La era del imperio*. Esto más su lúcida *La edad de los extremos: El siglo XX corto, 1914-1991*, aparecida primero en inglés en 1994 bajo este interesante título que, luego le fue mutilado en la versión castellana por el de *Historia del siglo XX*.

Segunda invitación: La interpretación histórica parte de una interrogante. Esto porque la narración simple y llana de los acontecimientos ya no es suficiente para el desarrollo de la disciplina, puesto que se ha ampliado el objeto de estudio, merced a los aportes historiográficos mencionados en el apartado anterior. Ese tipo de historia de viejo cuño corresponde a la historia tradicional que privilegiaba destacar las hazañas de los grandes hombres. La historia problema hace su aparición como uno de los legados más influyentes de los Annales y, a partir de allí, resulta imperiosa la formulación de preguntas que resultan clave en la historia asumida como investigación. Al respecto, se pueden ofrecer algunos ejemplos fructíferos de la historiografía del siglo XX, que sin duda, han posicionado la disciplina histórica como un saber que responde a preguntas medulares del acontecer social.

- Para el estudio de la historia medieval, cargado tradicionalmente de narraciones de hazañas de señores, de reyes. de vidas entre castillos y de mazmorras o bien de las aventuras cortesanas; Georges Duby planteó una nueva forma de concebir el medievo a partir de la pregunta ¿cuál era la forma en que se organizaba la sociedad en la Edad Media? Duby se había declarado a sí mismo como heredero de Marc Bloch, uno de los fundadores de los Annales. Para Duby, la respuesta se podía hilar básicamente en términos de que durante la Edad Media se desarrolló una sociedad en tres órdenes: los que hacen la guerra para defender los territorios, en momentos de una endeble presencia de la autoridad central; los que siembran y producen los alimentos que fueron a su vez los



protagonistas de un auge productivo a partir del año 1000; y finalmente, los que rezan y piden a los santos su intercesión para apartar las grandes amenazas que se cernían sobre la cristiandad: la guerra y la peste. Esta explicación partía del supuesto de que la historia económica de esos siglos se caracterizaba por guardar un estrecho vínculo con las condiciones climáticas, así como con la paz; Duby ofrece este punto de vista principalmente en los textos *Guerreros y campesinos*, publicado en 1973 y en *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, que vio la luz en 1978.

- Ante la pregunta acerca de explicar la historicidad de Martin Lutero, Lucien Febvre, uno de los fundadores de la Revista de los Annales, formula un aporte en torno a un personaje autor de la Reforma Protestante. Febvre establece creativamente un vínculo entre la figura del monje y teólogo alemán con el contexto de los principados conformantes del sui generis Sacro Imperio Romano Germánico durante la primera mitad del siglo XVI; todo esto sin perder de vista la complejidad de los escenarios caracterizados sobre todo por la heterogeneidad económica, social y política de esos espacios en los que sus gobernantes abrazaban o repudiaban un proceso que paulatinamente se decantó por la ruptura con la iglesia romana.
- La invención de la tradición como producto de un proceso histórico y cultural ha sido siempre reconocida, desde su formulación, como uno de los aportes capitales de Eric Hobsbawm, quien a partir de la interrogante que versa acerca de qué tan antiguas son aquellas formas de manifestación de los pueblos, se teje una interesante explicación alrededor de las maneras de cómo se ha desarrollado e impuesto el proyecto social ideado y formulado por sectores sociales que han extendido una determinada forma de vivir y de ver el mundo. Estas tradiciones establecen o simbolizan cohesión social o pertenencia al grupo, ya sea comunidades reales o artificiales; esto además de inculcar creencias y sistemas de valores. Al respecto, Hobsbawm (2002) señala en



su autobiografía que este tipo de análisis cuestiona lo establecido, apunta al escepticismo y es una condición sine qua non para el historiador actual.

Tercera invitación: Menjívar nos recuerda que el conocimiento histórico es construido por el historiador a partir de las huellas que han quedado del pasado, que ya de por sí, ofrecen información de acuerdo con la pregunta formulada por el estudioso. Estos manuscritos fueron producidos en el pasado con un interés muy diferente del que tiene el investigador contemporáneo. Así por ejemplo, un libro contable de una empresa, en principio es un documento administrativo en que se consigna el debe y el haber de un tiempo determinado; pero a su vez, constituye para el historiador interesado, en la historia económica, una pieza esencial a través de la cual se puede hilar toda una interpretación. De la misma forma una carta privada tiene el objetivo único de comunicar algún sentimiento a un tercero; pero en manos de un investigador del pasado se convierte en un documento fundamental para dar respuesta a una pregunta formulada previamente.

Por su naturaleza, la historia, como tal, se parece a un rompecabezas donde el investigador del pasado se enfrenta a hallazgos, en la mayoría de ocasiones, incompletos, con grandes vacíos; nada fácil de darles contenido; pues ¿quién va a poder llegar a conocer lo acaecido en un período determinado, ni no hay información? Frente a esta adversidad se requiere que el investigador, haga del conocimiento del destinatario del problema de la carencia de la materia prima para elaborar las interpretaciones. Esto además, de idear una estrategia que le posibilite encontrar datos, aunque sea con fuentes indirectas o aledañas.

Además de lo anterior conviene anotar que la fuente escrita no es la única que existe para el estudio del pasado, en otro momento se anotó que también los tuestos que dejaron nuestros antepasados también forman parte de ese estudio del mundo pretérito. Al respecto merece anotarse que el aporte de Marc Bloch, es fundamental en el sentido que este autor francés señale que todo lo que huele a carne humana es objeto de estudio de la historia.



Cuarta invitación: Reflexionar acerca de la relación de la historia con la teoría. Desde la constitución de las ciencias sociales durante el siglo XIX hubo un interés real por dotar a la historia de un canon que guardara los principios esenciales de un saber científico. Los aportes más importantes en Occidente vinieron de dos escuelas: la francesa y la alemana; Charles Langlois y Charles Seignobos fueron los representantes más importantes de la primera corriente, en tanto que Leopold von Ranke fue el propulsor de los estudios históricos germánicos positivistas.

Grosso modo, el modelo propuesto por ambas escuelas establecían el estatus de la historia como disciplina profesional. Se empezó a enseñar ese saber por primera vez en las universidades alemanas. Esto además que debía emplearse un método que le condujera a la historia convertirse en ciencia. Los pasos de este procedimiento se plasmaron en la elaboración de una guía que consistía en consultar los documentos a partir de la aplicación de dos críticas la interna y la externa; luego anotar fielmente los hechos aportados por el manuscrito; después se pasaba a ordenar los hechos cronológicamente; y finalmente, se formulaban las leyes que rigen la historia.

La relación entre la historia y la teoría no fue privilegiada por la historia del siglo XIX y la escuela de los Annales dio sus frutos sobre todo en materia metodológica más que teórica, al ampliar la gama de fuentes para investigar la historia y en la aplicación de modelos de otras ciencias sociales en el estudio del pasado. (Burke, 1993). Fue en realidad con el marxismo británico cuando se dio un empuje importante al considerarse el uso de categorías provenientes de una teoría general pero con el “valor agregado” de dotarle de historicidad, para que se estableciera un dialogo fructífero entre la evidencia arrojada por la fuente histórica y la teoría. En la materia de formación de la clase merece resaltarse la visión de E. P. Thompson cuando enfatiza la importancia de la formación histórica de la clase; de esta forma: el individuo se adscribe a una clase determinada a partir de su vivencia dentro de un contexto histórico y cultural específico.



No es de extrañar en absoluto entonces que Thompson indique de manera categórica en su libro *Miseria de la teoría* (1990) que la historia no se debe entender como una máquina para fabricar teorías. Queda así indicado un camino, que en el mejor decir de Thompson, sería el de asumir la historia como un saber científicamente orientado, esto es con la aplicación rigurosa de sus métodos y con una relación creativa con el cuerpo teórico. Como ha subrayado Georg Iggers y Edward Wang (2008), los aportes de este tipo de historiografía, que enfatiza la cultura, se extienden también a Estados Unidos y son claramente visibles en la labor de Herbert Gutman y en Eugene Genovese.

Por otro lado, en la historiografía francesa, Duby confiere a la teoría un papel de una herramienta más a la que el historiador debe echar mano para aproximarse al estudio del pasado, el uso ingenioso de los marcos conceptuales estimulan el diálogo entre el dato y el aparato de referencia. De esta forma la teoría dista de ser una carcasa o camisa de fuerza que predetermina los resultados de una interpretación histórica.

Quinta invitación: La historia es un saber vivo. Posiblemente para algunos, la labor del profesional dedicado al estudio de la historia se asemeja a la de un anticuario obsesionado por coleccionar artículos antiguos. Sin embargo el historiador estudia el pasado a partir de preocupaciones que brotan desde el presente. De ahí surgen dos consecuencias: a) la historia siempre tiende a ser contemporánea porque las inquietudes emergen a partir del ahora, aunque nos preguntamos acerca de la antigüedad griega; y b) las preocupaciones surgen de acuerdo con el contexto en que vivimos. Así por ejemplo durante la Ilustración interesaba el estudio de las formas de gobierno de la antigüedad; esto en razón de que la filosofía política, era el centro de gravitación intelectual de buena parte del siglo XVIII.

Coincidimos con Menjívar, cuando asevera que las preocupaciones difieren en relación con las generaciones; de tal manera que en la época de la primera fase de los Annales los estudios acerca de las coyunturas de crisis fueron los privilegiados, Así Bloch, medievalista por excelencia, dedicó gran



parte de su producción a la sociedad feudal. Pero también escribió una obra muy propia, desde su óptica testimonial, durante la Segunda Guerra Mundial, un hecho que le correspondió vivir. A Bloch le sorprende la caída de Francia frente al Tercer Reich, pues para la época existía la opinión generalizada de que este país se había pertrechado para enfrentar una dura contienda, su libro de publicación póstuma, *La extraña derrota*, se erige como un testamento que narra las atrocidades de esta catástrofe en la que el mismo Bloch muere víctima de los nazis.

A su manera, Eric Hosbsbawn brinda también una forma bastante particular en el estudio de los nacionalismos. Luego de adoptar una posición agnóstica, valora una a una las explicaciones, en su mayoría clásicas, y concluye aduciendo que, en definitiva, ninguna de esas tesis por sí sola es suficiente para brindar una respuesta fehaciente en el análisis del nacionalismo como un proceso eminentemente moderno. Para el autor británico nacido en 1917, los nacionalismos son los que dan origen a las naciones y en su conjunto este fenómeno se inscribe en la invención de una tradición, que en este caso, se remonta sobre todo a la segunda mitad del siglo XIX, cuando se dio el auge de los nacionalismos.

Sexta invitación. El autor nos recuerda que la historia no está muerta; es materia viva y por tanto obliga a evocar dos consideraciones. La primera relacionada con asumir la disciplina histórica como una investigación permanente, basta con solo echar una mirada a lo expresado con Georges Duby cuando manifestaba, en su autobiografía que en su formación, resultó imprescindible su labor como investigador al lado de su director de tesis Charles Edmond Perrin. Y luego de graduado, emprendió toda una fructífera labor como estudioso de la época medieval. La segunda consideración apunta hacia el hecho de que todo interés por el pasado emerge de una preocupación desde el presente; de esta manera un interesante ejemplo lo constituye la obra póstuma de Braudel, *La identidad de Francia*, texto del cual solo se publicaron las dos primeras partes en tres volúmenes en 1986; la motivación del autor especializado



en la larga duración, fue la de brindar una respuesta a un tema que surgió desde su experiencia investigativa y ante todo desde su convicción de un francés preocupado por volver sus ojos a su país.

Sétima invitación: Menjívar dirige nuestra mirada hacia la necesidad imperiosa de renovar la enseñanza de la historia en la secundaria. Así, desde el prólogo, el autor considera que muchas veces la experiencia de quienes han recibido las lecciones de Estudios Sociales, asignatura en que la historia ocupa un lugar preponderante, no ha sido la más agradable y aún menos placentera. ¿Por qué? Quizá porque los aires frescos de la renovación no llegaron a los libros de texto ni a las aulas de los colegios. Parece que la historia positivista aún goza de buena salud en los liceos y en las pruebas escritas, a las que se enfrentan los docentes. Todavía dichos exámenes están plagados de ítems de respuesta breve en las que el conocimiento se mide con acertar las opciones de una selección única.

Ante esta situación, todo indica que no se ha dado paso a un verdadero aprendizaje significativo porque de acuerdo con María Carmen González (1996), existen dos elementos que impiden su desarrollo. La memorización mecánica de hechos sueltos aislados entre sí, crean en el estudiante la idea de que el pasado es lineal y de olvidarse un dato dentro de la larga cadena e sucesos cuidadosamente ordenada, sucede lo peor: el fracaso escolar en la asignatura y el estudiante aplaza. Además de esto, el abuso en el uso del texto, del cual no hay opción alguna de consultar otros materiales, fomenta el conductismo responsable de crear en los estudiantes la noción de que la historia está escrita casi que en piedra, se asemeja a un conocimiento fosilizado, y su reproducción se encuentra única y exclusivamente en el libro de texto. De esta forma, no hay ninguna posibilidad de interrogar a la historia y de paso se niega el derecho de comprender la historia. El resultado casi que es único; el estudiante desconcertado por la memorización de un sinnúmero de hechos sin sentido, se pregunta con sobradas razones: ¿para qué sirve la historia? Casualmente, esta es la frase con la que Marc Bloch inicia magistralmente el libro *Introducción a la*



historia, que en la opinión de Jacques Le Goff (1997), es un texto inacabado que a su vez en un acto completo de la historia, publicado en 1949 por su hija luego de la muerte del cofundador de los Annales.

Octava invitación: Evitar el olvido de la historia. Aspecto advertido desde la época de los griegos; para Menjívar, el saber histórico debe ser objeto de estudiarse sea cual sea la experiencia que hubiera tenido el estudiante en la secundaria. Sin embargo la tendencia actual, muy bien expuesta por Hobsbawm en las primeras páginas de su Historia del siglo XX, apuntan a lo contrario porque la gente común no quiere nada con la historia. El ciudadano promedio es incapaz de reconocer el significado de los hechos que marcaron verdaderos puntos de inflexión en la vida social. Tony Judt (2008), un brillante historiador británico fallecido hace escasos cinco años, asevera que para el inicio de la presente centuria hay un interés activo en olvidar en vez de recordar dado que se parte de una falsa premisa de que el siglo XX concluyó para siempre y que sus ideales, dogmas y luchas murieron con él. Lo más grave según este autor es que, por un lado no se enseña la historia reciente a las nuevas generaciones, pues no se considera necesario, cayendo en la perversa insistencia de no volver los ojos hacia atrás, para así no caer en la cuenta de las grandes injusticias y catástrofes que inundaron el siglo pasado. Por un lado, al renunciarse a este interés legítimo, se asume una posición de ir hacia el pasado con una alta dosis de laxitud, puesto que solo somos capaces de contemplar la historia desde una dimensión cargada de ligereza por medio de la visita a los museos, santuarios y campos de concentración, que por su naturaleza preservan la memoria oficial. De paso el siglo XX se convierte en lo que Judt llama “un palacio de la memoria moral” y cuya implicación más nefasta consiste en guardar un minuto de silencio al presenciar la carnicería humana de Auschwitz y, al mismo tiempo, somos incapaces de reconocer las nuevas formas de genocidio de la actualidad.

Novena invitación: Menjívar promueve el interés de los jóvenes por la historia porque, desde las primeras páginas, posee la claridad meridiana de comunicar que ellos son los destinatarios inmediatos de su escrito. Al igual que



Hobsbawm, le mueve la motivación de romper con el imperante esquema contemporáneo de apatía por el conocimiento del pasado. Este noble propósito remite también a Marc Ferro (2008), historiador reconocido por su texto clásico de la Primera Guerra Mundial, pues su libro dirigido a los jóvenes es un encomiable intento de poner, al alcance de los jóvenes, cuestiones trascendentales que definieron el rostro del siglo XX. El formato creativo adoptado de Ferro de ofrecer respuestas a partir de interrogantes centrales formuladas por su propio nieto de 17 años de edad. El resultado constituye un importante insumo para la comprensión del siglo más sangriento de la historia.

En su recorrido, Menjívar comparte el punto de partida esbozado en la pregunta ¿para quién escribe el historiador? La respuesta está dada: escribe historia para los jóvenes, a quienes les confiere, especialmente en las últimas páginas, el papel de sujetos de la historia. Como lo indica Duby, son estos los destinatarios los partícipes de la emoción del relato contado; porque en el fondo, el autor escribe historia para hacerla comprensible y así quien comprende la historia se convierte en un agente de cambio.

En suma las invitaciones antedichas indiscutiblemente están a la altura de un autor con formación interdisciplinaria en los campos de la historia, la sociología y la ciencia política. Por eso, la lectura del texto constituye un importante ejercicio intelectual, que parte de la escritura de la historia, que además paralelamente permite comprender la historia con interés y que posibilita reflexionar, desde el ahora, el pasado con ojos críticos y ante todo con esperanza en un futuro que podamos soñar y a la vez construir un proyecto colectivo.

Javier Agüero García

Universidad de Costa Rica



Bibliografía

Burguière, André. (2009). *La escuela de los Annales, una historia intelectual*. Valencia: Publicacions de la Universitat de Valencia.

Burke, Peter. (1993). *La revolución historiográfica francesa, la Escuela de los Annales: 1929-1989*. Barcelona: Gedisa.

Duby, Geoges. (1992). *La historia continúa*. Madrid: Editorial Debate.

Ferro, Marc (2008). *El siglo XX explicado para jóvenes*. Barcelona: Paidós.

González María C. (1996). *La enseñanza de la historia en el nivel medio, situación, tendencias e innovaciones*. Madrid: Macial Pons, Ediciones Jurídicas y Sociales S.A. Organización de Estados Iberoamericanos.

Kaye, Harvey. (1984) *The British Marxist Historians. An introductory Analysis*. Oxford: Polity Press-Basil Blackell.

Hobsbawm, Eric J. (2002). *Años interesantes: una vida en el siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Le Goff, Jacques. (1997). Prólogo. Marc Bloch. *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*. Paris: Armand Colin.

Iggers, Georg G. & Wang, Edward. (2008). *A global history of modern historiography*. Edimburg: Pearson-Longman.

Judt, Tony. (2008). *Sobre el olvido siglo XX*. Madrid: Taurus.

Menjívar, Mauricio. (2015) *Para escribir la historia. Una invitación*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Thompson, Edward P. (1990) *Miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica.



Javier Agüero García

Egresado del Programa Latinoamericano de Doctorado en Educación, UCR. Magister Scientiae en Historia, UCR y egresado de la Licenciatura en Docencia de la UNED. Excoordinador de la Sección de Historia y Geografía de la Sede de Occidente. Profesor de la Cátedra de Historia de la Cultura de la Escuela de Estudios Generales de la Sede Rodrigo Facio y de la Sección de Historia y Geografía del Departamento de Ciencias Sociales de la Sede de Occidente. Autor de trabajos relacionados con la historia de la educación e historia de Europa. Coautor de artículos acerca de la enseñanza de los Estudios Sociales, e historia de la reproducción de los oficios rurales. Ha impartido los cursos de Historia de la Cultura en las opciones regular y seminario participativo, Historia de las Instituciones de Costa Rica, Historia Antigua Universal, Historia Moderna Universal, Historia Contemporánea Universal, Teoría de la Historia Económica, Temas de Historia Económica en Historia Universal y Formación Ciudadana.

